

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

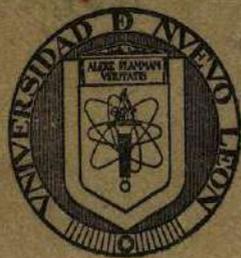
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA

8



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1967

MADERO Y HUERTA

La trágica decena de febrero de 1913

LIC. CIRO R. DE LA GARZA
Universidad de Tamaulipas

SI EL PASADO ES HISTORIA, y la historia es Patria, sin ésta, se asegura, el hombre sería un punto perdido en medio de los azares del tiempo y del espacio, por ello, son pueblos suicidas aquellos que no aman su pasado y es alto deber cívico la exaltación de los ciudadanos que de uno u otro modo, concurren a forjar la nacionalidad, nuestra idiosincrasia y nuestro modo de ser y de vivir: El Presidente Madero con todo y su buena fe, ayuno de toda maliciosa pasión, tiene ese privilegio.

Liquidado el "porfiriato" que no el "porfirismo" en mayo de 1911, el señor Madero fue electo Presidente de la República, en unas elecciones modelo de limpieza, recibiendo el poder del señor licenciado don Francisco León de la Barra (substituto del señor general Díaz) hacia el último trimestre de 1911. La duración de su gobierno fue breve, y habiendo conservado el ejército y la maquinaria "porfirista"; fueron estos los más serios obstáculos para iniciar las reformas sociales, que eran tan inaplazablemente urgentes en aquellas circunstancias, agravadas por la iniciación de nuestro telurismo político (1910-1929). Haciendo una somera referencia a la "inquietud" concomitante a su gobierno deben apuntarse:

A) La desilusión de Emiliano Zapata que derivó a rebelarse contra de la Barra primero, sosteniendo después esa inconformidad durante Madero y lanzando luego el "Plan de Ayala", grito perenne de la gleba de México, por la posesión de la tierra, plan que se dice redactado por el profesor Otilio Montaño, a quien después, Zapata mandó fusilar.

B) El distanciamiento de Pascual Orozco, a quien las brujas de Macbeth (reacción) habían soplado al oído "tú serás rey" llegando a ser un problema militar en Chihuahua, hasta que fue destruido por el general Victoriano

Huerta, con la selecta División del Norte (Federal). Huerta fue designado para el mando, después del fracaso y suicidio del señor general José González Salas, Ministro de la Guerra "maderista", como consecuencia de su derrota en "Rellano", resolución hasta cierto punto lógica, en un hombre de honor como lo era.

C) La rebelión del señor general Reyes hacia diciembre de 1911, en la frontera norte del país, que terminó con su rendición la noche del 24 del mes y año en cita, en Linares, Nuevo León, por ante el humilde cabo de rurales Plácido Rodríguez, siendo Reyes conducido y procesado en la ciudad de México, donde fue confinado en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco.

D) La rebelión del general don Félix Díaz, sobrino del Dictador, alzándose en armas en el puerto de Veracruz en 1912, apoyado por el jefe de la guarnición, coronel José Díaz Ordaz, siendo sometido y tomado preso por el señor general don Joaquín Beltrán, y quien estando a punto de ser fusilado (Félix Díaz) por un consejo de guerra en dicho puerto, consiguió ser trasladado a la ciudad de México mediante habilísimo amparo, formulado por el licenciado don Rodolfo Reyes (era hijo de don Bernardo y maestro de Derecho Constitucional, por oposición de la Facultad de Leyes de la Universidad Nacional, y amparo del cual conoció en parte como juez de distrito, el talentoso abogado tamaulipeco licenciado don Matías Ochoa), siendo recluso en la penitenciaría del Distrito Federal.

E) El desenfreno de la prensa abusando de una libertad que jamás había disfrutado, pues la historia de México, no registra un caso ni antes ni después de él, de un jefe del Ejecutivo que hubiese sido tan injuriado, tan bafado y tan escarnecido como el Presidente Madero y su familia.

F) "El Cuadrilátero Parlamentario" (licenciados José María Lozano, Querido Moheno, Nemesio García Naranjo y Francisco M. de Olaguíbel), tribunos de reconocido "fuste", cuya dialéctica contribuyó de modo especial y señalado al desprestigio del régimen, y a su final hundimiento.

Unos cuantos días antes del fatídico nueve de febrero de 1913, una numerosa comisión del "Grupo Renovador" de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, cuya alma era el visionario licenciado don Luis Cabrera (aunque él no estuvo presente con dicha comisión) hablaba en la terraza del Castillo de Chapultepec con el Presidente, urgiéndole con impresionante angustia la necesidad de iniciar las reformas sociales, acallar la prensa y eliminar de "la casa" el enemigo enquistado (porfirismo); pero el señor Madero, permanecía ciego y sordo. El historiador don Ricardo Calderón (revolucionario) describe aquellos días así: "La situación se ponía cada vez más tirante, los revolucionarios desilusionados, los 'maderistas' tratando inútil-

mente de salvar un gobierno que amenazaba ruina. La prensa recrudesciendo sus ataques. La conspiración en pleno apogeo. El gobierno ciego y demasiado confiado en sí mismo no veía la tempestad que se cernía a su alrededor", y precisamente bajo tan sombrío vaticinio llegamos al

NUEVE DE FEBRERO DE 1913

Con efecto, el día de hoy, estalla en la ciudad de México, un motín militar que toma desprevenido al gobierno no obstante que el señor licenciado don Juan Sánchez Azcona, secretario particular del Presidente Madero, fue informado de la conjura, tanto por el general José Delgado (asesinado por Francisco Villa, en la estación de Chihuahua en 1915, cuando habiéndolo autorizado [ya vencido el "villismo"] para que se fuese a los Estados Unidos, lo acompañó a la estación y al levantar el general Delgado uno de sus velices que llevaba lleno de oro amonedado se desfondó, y Villa furioso lo mató en el acto); como por el comandante de rurales don Francisco Cossío Robelo, así como por el mayor Emiliano López Figueroa, inspector general de Policía de la ciudad de México, quien lo informó al Secretario de la Guerra, general Angel García Peña y al comandante militar de la plaza, general Lauro Villar alias "El Remington" (tamaulipeco) por el coronel Rubén Morales, quien lo hizo saber al propio Ejecutivo, y motín que da al traste con la administración del bondadosamente ingenuo Presidente Madero.

La asonada encabezada por los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz (presos) y el general Manuel Mondragón (del arma de artillería) en libertad, a quien poco después se unió el general Gregorio Ruiz, habían logrado arrastrar a la aventura al primero y al segundo regimientos de Artillería a las órdenes del coronel Aguillón, al Primer Regimiento de Caballería mandado por el coronel Salvador Anaya, acuartelados todos en Tacubaya, y a casi todo el alumnado de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan, algunos de los cuales, a las órdenes del capitán Antonio Escoto, se dirigieron en unión del señor licenciado don Rodolfo Reyes (hijo de don Bernardo, quien le llevaba su caballo "Lucero") y otros civiles a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, donde liberaron con relativa facilidad al general Reyes, preso allí por rebelión, pues el director de la institución, señor coronel Sardaneta, y la guardia del establecimiento penal castrense, estaban de acuerdo con los sublevados, como también las fuerzas que se encontraban en el cuartel anexo a la precitada prisión militar (Primer Regimiento) no obstante la oposición del sub-director, señor mayor Mayol.

El señor general Reyes, salió de la prisión portando traje de paño negro,

sombrero gris, botas militares de charol y llevando una capa de capitán general español, que le había sido obsequiada por el rey don Alfonso XIII, acompañado del capitán Manuel Romero López.

En el jardín de Santiago (frente a la prisión), lo esperaba su hijo Rodolfo y cerca del lugar el mayor Jesús Zozaya guardaba el caballo "Lucero" que montaría el preso, a quien esperaban también los civiles licenciado Ramón Cossío González (tamaulipeco), Víctor J. Velázquez, Dr. Samuel Espinosa de los Monteros, Rafael de Zayas Enríquez, Cecilio Ocón, José Bonales Sandoval y Juan Pablo Soto y un regimiento de caballería, pues la infantería se había ido en varios tranvías sobre palacio, desde la Escuela de Aspirantes de Tlalpan, a las órdenes de los oficiales instructores García, Armiño y Zurita.

Inmediatamente después se puso en movimiento la columna mandada en persona por el general Reyes, a cuya vanguardia iba el precitado general Gregorio Ruiz (diputado federal en ejercicio) con una escolta de aspirantes; después el general Reyes escoltado por el coronel Aguillón, los mayores Jenaro Trías y Jesús Zozaya, y el capitán Manuel Romero López, cerrando la columna el citado general Manuel Mondragón; la cual tomó rumbo a la penitenciaría del Distrito Federal, para poner en libertad al general Félix Díaz, también preso y procesado por rebelión. Al pasar por el Cuartel de "Teresitas" el señor General Reyes, arengó a la tropa allí acuartelada invitándola a la rebelión, uniéndosele unos 200 soldados del 24o. Batallón, Cuartel de donde hacía poco el General don Lauro Villar, había sacado unos sesenta hombres, que mandó a las órdenes del Mayor Casto Argüelles al cuartel de "Zapadores".

Al llegar al reclusorio el director del penal, señor don Octaviano Liceaga, entregó al reo, permitiendo que su hijo (de Liceaga), quien iba en la columna rebelde, pasase al interior del establecimiento a sacar a Félix Díaz, quien se negaba a salir, suponiendo que se trataba de una celada, pues que aunque estaba en "autos" del complot no sabía, ya que no había sido informado, qué día estallaría.

Del penal de Lecumberri, se dirigió la columna rebelde a palacio, encontrando la misma en el camino al joven Alejandro Reyes, quien informó a don Bernardo que palacio aún seguía en poder de los alzados; pero de allí a poco dos aspirantes que iban al penal (buscando a sus compañeros de caballería) rindieron parte al general Reyes en el sentido de que palacio ya se encontraba en manos del general Villar, comandante militar de la plaza y quien ya había tomado dispositivos de defensa.

El general Reyes siguió sobre palacio, y haciendo alto en la calle de la Moneda (hoy Emiliano Zapata) destacó al coronel Salvador Anaya, primero para que al frente de un pelotón de caballería, avanzara sobre dicho edi-

ficio, por la plaza de la Constitución (frente) y se cerciorara de lo ocurrido. Este no regresó a informar de su comisión (pues fue detenido), por lo que ya frente a la puerta de la Secretaría de Guerra (de la citada calle de la Moneda), el general Reyes ordenó, disponiendo al general Gregorio Ruiz que avanzara, procurando hablar personalmente con el general Lauro Villar, para atraerlo a la causa rebelde.

Con efecto, había ocurrido, que al tener noticias en la madrugada el general Villar, comandante militar de la plaza, de la sublevación de algunas de las corporaciones del Ejército, pues el inspector general de Policía, mayor Emiliano López Figueroa, le había informado a las dos de la mañana, de la inusitada actividad que se observaba en los cuarteles de Tacubaya, se fue al cuartel de San Pedro y San Pablo, puso a la fuerza sobre las armas, y dispuso que el coronel Pedro C. Morelos, con unos sesenta hombres del 28o. Batallón se fuera al cuartel de Zapadores, ubicado en la calle de la Corregidora, cuyo jefe lo era el mayor Juan Manuel Torrea (tamaulipeco también) para que por el llamado Jardín de la Emperatriz (lado sur) entrara al Palacio Nacional, rompiendo la puerta interior de acceso de uno a otro local, sorprendiendo a los rebeldes (aspirantes) por la retaguardia y quienes precisamente por un golpe de audacia, se habían apoderado del recinto del Ejecutivo Federal, ocupando además las torres de la Catedral; (uno, entre tantos de los aspirantes de la "cuartelada", lo era el capitán segundo Andrés Zarzoza Verástegui, asesinado ya siendo general en Monterrey en 1940, cuando terminada la campaña política del general Juan Andreu Almazán, se decía que éste iba a sublevarse). De allí siguió al cuartel de Cerritos donde se encontró al general Manuel P. Villarreal sobre las armas, pues éste había tenido noticias de la "cuartelada" despachándolo a la Ciudadela para evitar que fuera a caer en poder de los rebeldes. El coronel Morelos, fue a Zapadores; pero considerando difícil el cumplimiento de la orden que recibió (derribar la puerta de acceso) prefirió entrar por la puerta de la Secretaría de Guerra (calle de la Moneda). Cuando el coronel Morelos se había dirigido a esta última calle, llegó a Zapadores en un coche con dos soldados el general Lauro Villar (quien estuvo a punto de caer en manos de los aspirantes) y poco después de él, al mismo lugar, el mayor Casto Argüelles, con unos sesenta hombres del 24o. (parte de este cuerpo se había sublevado).

El general Villar, forzó la puerta interior que daba a palacio, y sorprendió imponiéndose a los rebeldes "aspirantes" a quienes desarmó comenzando por la guardia de la Puerta de Honor (lado sur) y así sucesivamente, cambió la guardia y colocó fuerzas que le eran adictas (parte del 24o.) tanto en la azotea del edificio, cuanto en la calle frente a palacio, pecho a tierra. Dispuso igualmente que el mayor Juan Manuel Torrea, que se en-

contraba en Zapadores, dejara allí un retén y que él se situara en la esquina de "La Colmena" quedando en actitud de espera. En tales momentos, hizo su aparición el general Angel García Peña, Ministro de la Guerra, quien impuesto de las novedades y cerciorado de que palacio estaba en poder de fuerzas leales se fue a Chapultepec a informar al señor Presidente Madero de los acontecimientos. Poco después, de que el edificio de palacio era controlado por el comandante militar general Villar (quien puso presos a los "aspirantes" rebeldes en las cocheras de palacio), llegó una columna de caballería rebelde (descubierta de la del general Reyes); que éste había despachado fuerte en 160 hombres, a cuyo frente iba el general Gregorio Ruiz (diputado federal en ejercicio), y quien desprendiéndose de la misma, se acercó al general Villar, éste avanzó unos tres metros, y al encontrarse, Ruiz invitó a Villar a defeccionar. El general Villar se negó y tomando violentamente con su mano izquierda las riendas del caballo de Ruiz, en tanto que con la derecha sacaba su pistola, le intimó rendición requiriéndolo para que se diese preso, Ruiz resistió y aún pretendía sacar su arma corta; pero Villar, auxiliado por sus ayudantes, lo desmontó, y lo condujeron detenido al interior del Palacio Nacional, por la puerta del centro, entregándolo el general Villar en calidad de preso, para su custodia, a la responsabilidad del general Eduardo Cáuz (después gobernador de Veracruz), proporcionándole Villar diez soldados para la vigilancia del reo. José C. Valadez, en su libro *Historia de la Revolución Mexicana*, pág. 219, afirma que quienes tomaron preso a Ruiz, fueron los generales Manuel García Hidalgo y el ya citado Eduardo Cáuz. Cuando poco después, Huerta fue designado por el señor Madero, comandante militar de la plaza, su primera providencia fue mandar fusilar a Ruiz, no obstante su fuero; pero seguramente era uno de tantos aspectos de su plan, para desprestigiar al gobierno, acarreándole odios y enemigos. Como no regresaran ni Anaya ni Ruiz: ambos como ya se ha dicho habían sido detenidos, circunstancia que ignoraba el general Reyes, aunque seguramente lo supuso, éste, dejando como reserva en las calles del licenciado Verdad a los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón, se dispuso a avanzar sobre palacio, desembocando por la Moneda y aunque Villar lo instó para que se abstuviera de avanzar, aquél lo hizo, hasta hablar con el comandante militar, quien se encontraba entre la puerta central y la de honor. En tales momentos don Bernardo, agresivo siempre, sin atender las prudentes indicaciones de su hijo Rodolfo (seguramente para quitarse el "sambenito" de cobarde [que no lo era] con que se le motejaba después del fracaso de la revuelta que intentó organizar en Nuevo León y Tamaulipas) trató de disuadirlo para que desistiera del ataque (habida cuenta de los preparativos de defensa) contestándole: "me matarán, pero no por la espalda". Reyes todavía pretendió que Villar se rindiera, y al negarse éste, don Ber-

nardo, que quería apoderarse del edificio, clavó espuelas a su caballo retinto ("Lucero") entablándose un tiroteo, muriendo el general Reyes, el coronel Pedro G. Morelos, jefe del 28o., y siendo heridos el doctor Samuel Espinosa de los Monteros, que acompañaba al general Reyes, el general Villar (en un hombro) y el mayor Malagamba, ayudante de Villar. El licenciado Reyes, pudo escapar ocultándose en el kiosko, que entonces tenía en el Zócalo, la Compañía de Tranvías eléctricos. Así terminó la vida de aquel viejo luchador, ex-gobernador de Nuevo León, quien seguramente estaba llamado a más altos destinos, si sin apartarse del camino del deber (le rindió siempre fervoroso culto), no hubiese puesto oídos a quienes dentro de la prisión envenenaron su espíritu. El general Reyes, a quien el Senado había otorgado dos grados en un ascenso, por méritos en campaña, quien creó la prosperidad de Nuevo León con sus reconocidas dotes de organizador, creador de la popular Segunda Reserva del Ejército, murió como un agitador de barricadas. La herida del general Villar, motivó la designación del general Victoriano Huerta, como comandante militar de la plaza y la suerte del régimen. Dirigiéndose el señor Madero a palacio, protegido por los cadetes del Colegio Militar, a las órdenes del rector del plantel, coronel Víctor Hernández Covarrubias, yendo a la altura de San Juan de Letrán, se escuchó un tiroteo, por lo que el señor Madero se resguardó en la fotografía "Daguerre", juntamente con el Ministro de la Guerra, general Angel García Peña, Hilario Rodríguez Malpica y Pedro Antonio de los Santos; presentándose allí en aquellos angustiosos momentos el general Victoriano Huerta, poniéndose a las órdenes del señor Madero.

Y aquí un paréntesis para hacer algunas consideraciones del milite descalificado. En Huerta el constante uso del alcohol había matado todo sentimiento generoso, todo sentido de la lealtad, y del cumplimiento del deber, si bien un buen soldado práctico, desconocía el honor militar, y ello lo condujo a un doble juego de traiciones (con Madero y con Félix Díaz) y a macular el Ejército Federal, maculándose él mismo.

Corre por allí la versión de que Huerta, ya en el destierro, después de su dramática renuncia en julio de 1914, narró a algunos de sus parciales, que cuando el general Díaz dispuso que fuera él (Huerta) quien le diera protección con un tren militar para llevarlo a Veracruz y al destierro, de regreso a la ciudad de México, se tomó durante el trayecto una botella de coñac y se dijo a sí mismo: "Ha desaparecido el único obstáculo que me impedía ser Presidente". Claro que ello es una conseja; pero que pinta al hombre. Con el señor Madero estaba resentido, porque después de acabar con la rebelión de Orozco, el Presidente, haciendo uso de sus indiscutibles facultades constitucionales, lo privó del mando, y rencoroso como caribe estuvo acechando la oportunidad para el desquite, que captó con certera visión en tan trágicos

momentos, y en cuanto a temperamentos de aquellos hombres, en tanto que el lugar de Huerta era la Centuria Romana, el del Presidente Madero, habría sido el Agora Ateniese.

Justamente, cuando el señor Madero esperaba en la fotografía "Daguerre", regresó su ayudante Gustavo Garmendía (muerto en Sinaloa a principios de la Revolución Constitucionalista, como soldado de ésta), informando al señor Presidente que el palacio estaba en manos del general Villar, que el general Gregorio Ruiz estaba preso y muertos el general Reyes y el coronel Pedro G. Morelos. De allí siguieron a palacio y al momento de llegar, Villar se encontraba en la azotea dando órdenes, lugar hasta donde subió el señor Madero, quien al ver al general Villar se dice que le dijo: —"qué hombre es usted, mi general"—, replicando el milite tamaulipeco: —"los hombres son aquellos que están allí"— (señalando a los soldados). Al ver el señor Madero herido al general Villar dispuso que se hospitalizara, ordenando de inmediato (por poco meditada sugestión del Ministro de la Guerra, general Angel García Peña) que el general Victoriano Huerta se hiciera cargo de la comandancia militar de la plaza, y al percatarse Villar de tan importante e imprudente designación, dijo dirigiéndose a Huerta (muy sentenciosamente): —"¡mucho cuidado, Victoriano!"— "¡Hay situaciones, afirmaba el Cardenal de Ratz, en las que sólo se pueden cometer errores!", y ésta del señor Madero fue definitiva. Después del fracaso del general Reyes, frente a palacio, Félix Díaz y Manuel Mondragón, ya sin jefe, se dirigieron a la Ciudadela, lugar a donde el general Villar había despachado para que tomara providencias de defensa al general Manuel P. Villarreal, y herido éste gravemente (murió poco después) en los primeros disparos, su segundo el general Dávila, entregó el lugar resistiendo sólo un ligero tiroteo, y después de haberse puesto en inteligencia con el capitán rebelde Insunza. Hasta aquí lo ocurrido el nefasto nueve de febrero.

Desde aquel momento, Huerta estableció un doble juego, engañando a todo mundo y como el único obstáculo para que él llegara a la Presidencia (don Porfirio Díaz) había desaparecido según su propio juicio, todas sus calculadas actitudes las condujo hacia ese fin.

Con efecto, ni Huerta, ni Mondragón ni Félix Díaz podían olvidar su común extracción ni el "espíritu de cuerpo" que tanto alentaba en los miembros del antiguo Ejército Federal, disuelto en Teoloyucan en agosto de 1914; sólo les faltaba la aglutinación (pues Huerta no había estado en la conjura) y de ello se encargó el cínicamente trágico diplomático embajador de los Estados Unidos Henry Lane Wilson, sirviendo de marco al entendimiento nada menos que la Embajada de los Estados Unidos (entonces por la avenida de los Insurgentes): con cuyo "Pacto de la Ciudadela" acabaron con el gobierno legítimo y con el que Huerta, el "arcabucero de la desvergüenza"

engañó al Presidente Madero y se "tanteó" a Félix Díaz, al licenciado Rodolfo Reyes, al general Manuel Mondragón; se "tanteó" al Embajador Wilson, a su primer gabinete inclusive, entre quienes se encontraba el ingeniero Alberto García Granados, Ministro de Gobernación, quien había dicho "que la bala que matara a Madero salvaría la República" y cuya frase le costó la vida cuando las fuerzas constitucionalistas ocuparon la Capital de la República, pues el general Pablo González, lo mandó fusilar en agosto de 1914.

Huerta hizo llamar el 10 de febrero, de Toluca, al general Aureliano Blanquet, haciéndolo defecionar (de éste circula la conseja que fue de la escolta que fusiló al Emperador Maximiliano de Hapsburgo en 1867, en Querétaro, pero es falsa), quien comandaba el 29.º Batallón (de negro historial) y quien también tenía a sus órdenes el cuerpo irregular "Carabineros de Coahuila" creado por el señor Carranza, como milicia local del Estado, y fuerzas éstas que si eran insospechablemente "maderistas" entre cuya oficialidad contaban hombres cuyos nombres nos son tan familiares en el "constitucionalismo" como el jefe teniente coronel don Gregorio Osuna (tamaulipeco), el sub-jefe mayor Francisco Murguía, el capitán Ildefonso V. Vázquez, Macario Arreola, Alfredo Elizondo, Encarnación Aguilar Farías y otros, todos del Segundo Regimiento. Parte de este cuerpo, se le destinó a dar guardia a palacio, y la otra con diversos cuerpos rurales, los lanzaba Huerta a caballo por la calle ancha (Balderas) contra las ametralladoras felicistas emplazadas en los edificios de la Cuarta Delegación de Policía, de la Asociación Cristiana de Jóvenes y la propia Ciudadela, cobrando así muchas víctimas de fuerzas que dentro de su diabólico plan deseaba "diezmar".

Huerta, el "pretoriano descalificado", hizo venir el día 12 de Oaxaca al general Rivera, jefe militar de aquel Estado, con sus fuerzas; lo fue a esperar a la estación de San Lázaro, lo condujo al centro, lo tomó preso (informando al señor Madero que venía "volteado") e hizo a su plan a los oficiales. Afirma el licenciado Rodolfo Reyes en su obra *De mi Vida* que comisionó oficiales que contaran los disparos de los cañones de la Ciudadela para computar las granadas consumidas y presionar a su favor, cuando ya las hubiesen agotado; concedió un lugar muy secundario al general Felipe Angeles (maderista), gran artillero, y finalmente comenzó a darle dilatorias al ataque formal a la Ciudadela, mientras maduraba su plan y tendía los hilos de su traición, intrigando para que el Senado de la República "echara su cuarto a espadas" en aquel desconcierto, pues sus miembros en su mayoría venían del "cientificismo".

Con efecto, habida cuenta de la anormal situación que prevalecía en la Capital, se reunieron el día 14 de febrero en la casa del Senador don Sebastián Camacho (se afirma que en ello andaba oculta la mano de Huerta)

un grupo de senadores, quienes después de cambiar impresiones, acordaron reunirse el día 15 para procurar una entrevista con el señor Madero y plantearle su renuncia. En efecto, al día siguiente se reunieron hasta veinticinco senadores (no era quórum) en la casa del senador Ricardo Guzmán, y acordaron designar una comisión para que viese al señor Madero y se le dijera que vista la angustiosa situación de la ciudad, y el amago de una intervención extranjera (Wilson, el Embajador de los Estados Unidos, había hecho circular la especie de que estaban saliendo barcos de guerra de los Estados Unidos con tropas de desembarco hacia los puertos mexicanos, en defensa de la vida e intereses de los ciudadanos de dicho país), presentarán su renuncia, tanto él como el Vice-Presidente José María Pino Suárez y su gabinete. Esa comisión estuvo formada por los senadores licenciado Guillermo Obregón (tamaulipeco) y Gumersindo Enríquez. Al presentarse en palacio y conocer su negocio, no fueron recibidos por don Francisco, sino por el Secretario de Hacienda, don Ernesto Madero, quien les informó que el señor Presidente se negaba a recibirlos y no estaba dispuesto a renunciar. Éste, para tranquilizar a los inquietos, cursó el día quince un mensaje al Presidente de los Estados Unidos, W. H. Taft, sobre los rumores de intervención propalados por el embajador norteamericano, mensaje que fue contestado algunos días después por William Howard Taft, negando precisamente el propósito de intervenir.

Como el señor Madero se había negado a recibir oficialmente la comisión del Senado, los senadores Pimentel (por Oaxaca) y licenciado Guillermo Obregón (por Tamaulipas) oficiosamente ocurrieron el día 16, al general Aureliano Blanquet (ya estaba en la conjura "huertista") y quien tenía acantonadas sus tropas en la Tlaxpana, exponiéndole lo acontecido, así como que consideraban como prudente que el general Huerta hablara de la renuncia al Presidente, replicando Blanquet que aquél acababa de estar allí y que lo buscaran en la Comandancia Militar. ¡Los días del señor Madero están contados, el gobierno se tambaleaba y la profecía de los "Diputados Renovadores" se cumplía!

El día 18 por la mañana, el general Huerta recibe en la Comandancia Militar (Palacio Nacional) a los senadores del grupo "científico" que gestionan la renuncia del señor Madero, habla ante Huerta a nombre del grupo (integrado por los senadores Juan C. Fernández, Emilio Rabasa, Rafael Pimentel, Carlos Aguirre, Gumersindo Enríquez y José Castellot), el representante por Tamaulipas, licenciado Guillermo Obregón, y le solicitan les gestione una audiencia con el señor Presidente (Huerta, que de eso quería sus "pilonas", se dejaba querer). Éste opinó que era prudente que el Ministro de la Guerra, general Angel García Peña, los escuchara y lo mandó buscar, quien se presentó poco después acompañado de los generales José Delgado,

Aureliano Blanquet y Alberto Yarza. Explicado el objeto de la visita de los senadores, el general García Peña, manifiestamente irritado y violento replicó: "El Ejército es el símbolo del honor nacional, y lo que se está proponiendo lo prostituye". Intervino Castellot, pidiendo al Secretario de la Guerra, que fuera el conducto para obtener una audiencia con el Presidente, a lo que accedió, yendo a hablar con el señor Madero y regresando poco después para informarles que el Presidente los esperaba en el "Salón Verde". Poco tiempo después de estar allí los senadores, apareció el Presidente Madero, inquiriendo el objeto de la visita, y el senador tamaulipeco, licenciado Guillermo Obregón, comisionado al efecto, dijo:

"Señor Presidente: la grave situación en que se encuentra el país y el movimiento de revolución que se ha verificado en esta capital; los combates que diariamente se están sucediendo, con la mayor alarma para todos los habitantes de México, sin que se domine el movimiento, y además los hechos que el señor ministro de Relaciones ha puesto en nuestro conocimiento por acuerdo de usted y el haber venido barcos americanos de guerra a Veracruz, y estar próximos a llegar a Tampico; venir transportes de guerra, conduciendo algunos miles de soldados americanos con intenciones de desembarcar y venir a México, y el examen de la situación del gobierno, que hace ver que no puede dominar a los pronunciados, y que éstos no ceden a ninguna de las consideraciones que se les han presentado quienes han hablado con ellos, hasta en nombre del gobierno"

(como hasta este momento y según el parecer del Secretario de Justicia, licenciado Vázquez Tagle, el orador nada concretaba y era difuso) lo interrumpió diciéndole: "Hable usted claro", Obregón continuó:

"motiva que los senadores hayan opinado en las juntas celebradas, que la solución en bien de la patria, es apelar al patriotismo de usted, indicándole la conveniencia de que haga usted su dimisión del cargo de Presidente de la República buscando el mejor resultado que evite todo género de dificultades y males al país".

El señor Madero, visiblemente irritado, se negó a renunciar considerando aquella actitud de los senadores como una maniobra del Partido Científico; les hizo un severo reproche y los despachó sin obsequiar su gestión, manifestándoles que no le extrañaba su actitud ya que eran representantes impuestos por el general Díaz (Porfirio) y no electos por el pueblo, y en vía de informe, negó enfáticamente lo del desembarco de soldados extranjeros;

pero ese mismo día (18 de febrero) se derrumba el régimen "maderista" y uno después (el 19) el citado grupo de senadores se tomó una fotografía en la Ciudadela con los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón. Al referirse calificando a los senadores, el general Huerta, al citar al de Tamaulipas, licenciado Guillermo Obregón, dijo de él: "que fue el más audaz, y el más enconado en sus odios contra Madero".

El día 18 por la mañana, por órdenes de Huerta se cambiaron las fuerzas irregulares que daban protección al palacio y al Presidente, e hizo venir para suplirlas el fatídico 29o., que comandaba Blanquet, y hacia el medio día, pretextando que había invitado a comer a don Gustavo Madero (único de la familia que tenía sensibilidad política) y al diputado coronel Romero, para agasajar a éste por haber sido designado presidente de la Cámara por ese mes, salió de palacio dejando instrucciones al general Blanquet para que aprehendiera al señor Madero y a sus ministros. Con efecto, ya con don Gustavo y el coronel Romero en el restaurant "Gambinus", pretextando una llamada telefónica salió del restaurant, llegando casi simultáneamente el jefe de los guardabosques de Chapultepec, con algunos de sus hombres, quienes por orden de Huerta desarmaron a don Gustavo, lo detuvieron y confinaron en uno de los reservados.

Por su parte, Blanquet al medio día del 18 mandó un piquete de soldados al mando del teniente coronel Jiménez Riverol y al mayor Izquierdo (el "Pacto de la Ciudadela" se estaba realizando) del 29o., para que aprehendieran en las oficinas del jefe del Ejecutivo a éste y sus ministros, como pretendieron hacerlo. Al llegar frente al Presidente Madero, Jiménez Riverol, tomándolo de la solapa del saco lo conminó para que se diese preso. Según se afirma, el ayudante del Presidente, Gustavo Garmendia, sacando la pistola y dirigiéndose a Jiménez Riverol, le dijo: —"Al Presidente nadie lo toca" y le dio un tiro en la frente, rodando el teniente coronel Jiménez Riverol muerto. Otro tanto hacía otro ayudante del señor Madero, capitán Federico Montes ("El Samurai") con el mayor Izquierdo. En aquella confusión, los soldados disparan y matan a don Marcos Hernández, primo hermano del Presidente. En tal situación alguno de los acompañantes de Madero (militar) ordena a los soldados bajar las armas, dar media vuelta y salir del salón, lo que hicieron mecánicamente. El Presidente, ministros, ayudantes y acompañantes, decidieron abandonar palacio bajando por el ascensor. Si el señor Madero sale por la puerta del ascensor que da a la calle de la Corregidora y logra llegar hasta la Moneda, donde estaba el 21o. Cuerpo Rural a las órdenes del comandante J. Agustín Castro (fuerzas "maderistas") quizá habría salvado la vida y aún el régimen, pero repetiremos aquí las palabras del obispo de Ratz: "Hay ocasiones en que sólo se pueden cometer errores". El señor Madero y su comitiva, infortunadamente,

abandonó el ascensor sobre el patio de palacio y apenas si habían caminado unos veinte metros, cuando fue a su encuentro Blanquet con algunos soldados y oficiales del 29o. (quien había sido informado por el pelotón del 29o. que había descendido momentos antes de lo sucedido a sus oficiales Jiménez Riverol e Izquierdo) y conminó al Presidente y al grupo para que se diesen presos. Sólo Garmendia, Urquiza, Montes y algunos otros, logran escapar. El señor Madero, el Vice-Presidente Pino Suárez y algunos de los ministros fueron de momento confinados en la Comandancia Militar, y éstos últimos puestos en libertad en término más o menos breve, y poco después llegó al mismo lugar en calidad de preso el general Felipe Angeles, a quien Huerta no le tenía confianza. Se dice que ya estando detenido el señor Madero, se presentó Huerta, y habló con él iniciando el diálogo así: —"Señor Presidente". Don Francisco lo interrumpió diciendo: —"conque todavía soy Presidente". Huerta le replicó: —"Sí, pero mi prisionero". El señor Madero, molesto, le contestó: —"La historia lo juzgará a usted como un traidor". Huerta dio fin a aquella situación embarazosa y le dijo: —"A mí me juzgará la historia, pero a usted lo juzgaré yo" y dio media vuelta, saliendo del lugar.

El mismo día 18, por la noche fueron entregados a los hombres de la Ciudadela y asesinados (fusilados): El señor N. Oviedo, prefecto político de Tacubaya ("maderista") quien al parecer tenía alguna querrela con el general Manuel Mondragón. Al valiente marino campechano Adolfo Bassó, intendente de las residencias presidenciales, de quien se afirmó que era quien había disparado frente a palacio la ametralladora que privó de la vida al general Reyes, y quien al momento de ser fusilado pidió se le diese muerte con la frente hacia la estrella Polar. Se dice que esta víctima la cobró don Rodolfo Reyes, y finalmente se asesinó (no fusilado) al diputado don Gustavo Madero, quien como se recordará sólo tenía un ojo (el otro era de vidrio) el cual (el ojo bueno) se le hizo saltar de un bayonetazo, y murió junto a la estatua del gran Morelos entre alaridos de dolor y carcajadas frenéticas de la plebe (la misma que aplaudía por igual a Madero y a Huerta indistintamente), asesinato éste organizado por Cecilio Ocón.

Durante los días que el señor Madero y el Vice-Presidente estuvieron presos, algunas noches les hizo compañía (temiendo un atentado), don Manuel Márquez Sterling, embajador de la República de Cuba (autor del libro *Los últimos días de Madero*) a quien don Francisco alguna noche comentó: "Señor Embajador: tendrá usted que informar a su gobierno, que los diplomáticos en México, andan con la cama en la bolsa". El mismo Márquez Sterling consigna la noticia en su libro mencionado: que la noche que supo don Francisco del asesinato de su hermano don Gustavo, al acostarse se cubrió con las cobijas hasta la cabeza, y que al parecer, lloraba en silencio.

Huerta comenzó a presionar para que los señores Madero y Pino Suárez renunciaran, a lo que acabaron por ceder, con el ofrecimiento de que sus vidas serían respetadas, y Márquez Sterling ofreció para el viaje el crucero "Cuba" que estuvo fondeado durante algunos días en Veracruz. Sin embargo, y aunque al parecer el ánimo de Huerta fue al principio sólo desterrar a los ilustres presos, complicó la situación la actitud del general José Refugio Velasco, comandante militar del estado y puerto de Veracruz, quien mandó un telegrama a Huerta diciéndole que seguía considerando al señor Madero como Presidente de la República. Ello puso desconfiado a Huerta, y cambió de táctica. Al conocer de la renuncia de Madero y Pino Suárez, sólo hubo en la Cámara de Diputados seis votos por la negativa, de otros tantos miembros del Grupo Renovador, siendo uno de ellos el del Doctor Alarcón, diputado por Guerrero, y quien vivió muchos años en Tampico, donde fue muy conocido. Aceptada la renuncia, protestó como presidente interino el Secretario de Relaciones Exteriores del señor Madero, licenciado Pedro Lascuráin a quien le correspondía por Ministerio de la Ley, nombró Ministro de Gobernación al general Huerta, y acto seguido, renunció Lascuráin, correspondiendo la Presidencia por Ministerio de la Ley (no había Ministro de Relaciones) al general Huerta, quien al efecto protestó. Toda esta farsa duró cuarenta y cinco minutos sin salir el licenciado Lascuráin del recinto de la cámara.

México tiene al efecto entre todos los estados de la América Latina, el poco envidiable récord de los presidentes que más y menos tiempo han ejercido el poder público. El general Porfirio Díaz desde el 1o. de diciembre de 1876 al 30 de noviembre de 1880 y del 1o. de diciembre de 1884 al 25 de mayo de 1911 (treinta años, cinco meses y veintiún días); en tanto que Lascuráin, sólo la ejerció y tuvo ese carácter durante cuarenta y cinco minutos.

¿Fue decidida la muerte del Presidente Madero y del Vice-Presidente Pino Suárez en consejo de ministros? Así se ha afirmado siempre, no obstante la negativa de los imputados. Se dice que en el consejo de ministros que tuvo lugar el sábado 22 de febrero por la tarde, para resolver su suerte, inclinó la balanza el licenciado Rodolfo Reyes, Secretario de Justicia. En efecto, en el mismo, Huerta el pretoriano dijo: —"Que él había ofrecido respetar la vida de los presos y que tenía empeñado su honor (?) militar" y se retiró del consejo; seguramente ya estaba convenida esta actitud con Blanquet (quien sin ser secretario de estado estaba presente). Alberto Robles Gil, Secretario de Industria, opinó: —"Que la oportunidad para su sacrificio ya había pasado". El licenciado Toribio Esquivel Obregón (de Hacienda) no dijo nada. El licenciado Rodolfo Reyes (de Justicia) opinó: —"Que era necesario su sacrificio para evitarle bandera a una contrarrevolución" (olvidó

que Madero muerto, sería invencible, porque ya no podía cometer errores); el taimado Blanquet, apoyó al licenciado Reyes agregando que: —"Ello debería hacerse en ignorancia del Presidente, general Huerta". En lo personal, siendo el licenciado Reyes un hombre de leyes, yo no creo que esa haya sido su opinión, pero en caso afirmativo, el dolor que le causaba la muerte de su padre general Bernardo Reyes, lo había ofuscado y obnubilado su clarísimo talento.

La selección de los asesinos materiales, los cabos de rurales Francisco Cárdenas y Rafael Pimienta, fue hecha por los generales Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet, Secretario de Guerra y comandante militar de la ciudad de México, precisamente en las oficinas de la Secretaría. Circula la versión de que Cárdenas se resistía, diciéndole Mondragón: "No ha de ser el primero que despacha", replicando Cárdenas: —"Pero no de ese tamaño", concluyendo Mondragón: —"Pues bien chaparro que es". La organización del falso asalto (cuando los reos fueran conducidos a la penitenciaría) por un grupo de supuestos "maderistas" que pretendían liberarlos quedó en manos del sicario Cecilio Ocón. Así las cosas, el 22 de febrero por la noche entre las once y once media, cuando ya los presos descansaban, se presentaron en la Comandancia Militar en dos automóviles Cárdenas y Pimienta (con algunos soldados): uno, alquilado por un señor de apellido Murphy, con la orden de trasladar a la penitenciaría del Distrito Federal a los señores Madero y Pino Suárez, no así al general Angeles que debería permanecer allí. Entregados que les fueron los reos, partieron hacia el penal por las calles de Lecumberri; y al llegar a él, en lugar de parar por el frente, que era lo normal y rutinario, torcieron por el lado sur, dizque para entrar por la puerta que da hacia el oriente. Precisamente, cuando iban más o menos a la mitad del muro sur, apareció un grupo de personas, que sin acercarse a los coches gritaban ¡viva Madero! Los asesinos ordenaron a los detenidos que bajaran de los coches y en ese momento (ya abajo) Cárdenas hizo un disparo por detrás de la cabeza del señor Madero quien se desplomó sin vida. Pimienta hizo tres disparos sobre el licenciado Pino Suárez, quien también murió instantáneamente. Se cuenta que algún tiempo después, Cárdenas, que llevaba una bala de plomo a manera de adorno en la leontina de su reloj de pecho, se jactaba que esa era la bala con la que había matado al señor Madero.

El licenciado José Vasconcelos, afirma en alguno de sus libros (*La Flama* y en realidad que quema todo lo que toca), que siendo el licenciado Portes Gil secretario del tribunal federal donde se substanció el expediente que se incoó con motivo de dichos asesinatos, se prestó a que las actuaciones fueran alteradas para favorecer a los presuntos.

Cuando el 26 de febrero una comisión de vecinos de la colonia Santa María (donde vivían los Reyes) encabezada por el licenciado Francisco Es-

cuadero (uno de los Diputados Renovadores que votaron por la negativa la renuncia de los señores Madero y Pino Suárez) hizo una visita al licenciado Rodolfo Reyes, Ministro de Justicia, para hacerle presente el pésame por la muerte del general don Bernardo su padre, el licenciado Escudero comentó: —“El asesinato de los señores Madero y Pino Suárez, traerá aparejadas serias consecuencias”, y que don Rodolfo replicó: —“Lo que se hizo era necesario hacerlo. El país está sobre todo, y la vida de un hombre nada vale ante los intereses generales de la Nación. La historia nos justificará”. De ello don Ramón Prida concluye que don Rodolfo fue el autor intelectual de los asesinatos. Don Francisco Bulnes, demoledor vocero del “cientificismo”, afirma que en el consejo de ministros en el que se trató la suerte de las ilustres víctimas “los más crueles y sanguinarios fueron el ingeniero Alberto García Granados y el licenciado Rodolfo Reyes”.

En cuanto a los asesinos intelectuales y materiales corrieron diversa suerte, así por ejemplo el general Huerta murió preso en el fuerte militar “Bliss” del ejército de los Estados Unidos en el Estado de Texas; paradójicamente yace en un país que él tanto odió; Aureliano Blanquet murió despeñado (para no caer preso) en la barranca de Chavaxtla, Veracruz. “Tío Lupe” (el general Guadalupe Sánchez, que hizo armas en diciembre de 1923 en Veracruz, a favor de don Adolfo de la Huerta, y contra el Presidente, general Obregón) le mandó cortar la cabeza para exhibirla; el general Manuel Mondragón murió tuberculoso en San Sebastián, España, en 1922; y el general Félix Díaz murió hace algunos años y como decían los cronistas del tiempo de la Conquista: “de su muerte y en su cama”. Por lo que hace a los asesinos materiales, cuando vino la debacle de Huerta en julio de 1914, Pimienta se escondió y Cárdenas, que operaba por Michoacán, huyó a Guatemala. Cuando a petición del gobierno del señor Carranza, se gestionaba su extradición (1918), al ser aprehendido, en aquel país, se dio un tiro en la cabeza suicidándose, aunque pudo declarar sobre los pormenores del plan para asesinar a los mandatarios legítimos. En 1921, Pimienta, protegido del general don Benjamín Hill, Ministro de la Guerra, apareció reingresado al ejército con el grado de general. El incansable abogado yucateco Calixto Maldonado R., presidente del comité para procurar el castigo de los asesinos, dirigió una tremenda requisitoria al Presidente de la República, general Obregón, y éste ordenó que causara baja. *¡Sic transit gloria mundi!*

Aquellos bochornosos hechos hicieron estremecer al país. Carranza el roble, Carranza el de carácter de granito en Coahuila, y Maytorena en Sonora se manifestaron inconformes y se rebelaron contra el nuevo orden de cosas; aunque Maytorena poco después se expatrió, con el pretexto de su salud.

Carranza llamó al pueblo a las armas lanzando el “Plan de Guadalupe” de contenido esencialmente político (no social) el 26 de marzo de 1913,

para reivindicar los derechos conculcados, pues su propósito inicial era volver el país a la “constitucionalidad” rota por Huerta, y México como un solo hombre, acudió a su llamado iniciándose la Revolución Constitucionalista que en poco tiempo y como inmensa hoguera abrasaba todo el país y de cuyas cenizas, cual nueva Ave Fénix resurgió el México de nuestros días, libre, unido, fuerte, grande y generoso, con la seguridad que da la fe en el porvenir.